

EL PROYECTO ARQUITECTÓNICO FRENTE A LA COMPLEJIDAD DEL MUNDO ACTUAL

José Ángel Machado Alvarado
Doctorando en Arquitectura
joseangelmachado1211@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-9550-1681>
Universidad Central de Venezuela UCV-FAU
Caracas, Venezuela

Enviado: 06-07-2025 Aprobado:18-12-2025 Publicado: 30-12-2025

Resumen

Abordar el proyecto arquitectónico en el contexto actual implica reconocer que se desarrolla en medio de realidades complejas, donde confluyen el crecimiento urbano acelerado, la crisis ambiental, los problemas de salud pública, la diversidad cultural y los avances tecnológicos. En este marco, el proyecto deja de ser un procedimiento lineal o estrictamente técnico para convertirse en un proceso abierto y dinámico, en el que interactúan múltiples dimensiones sociales, culturales, ambientales y simbólicas. Desde esta perspectiva, proyectar supone articular la viabilidad técnica con la sostenibilidad, la identidad y la memoria colectiva, configurándose como una práctica crítica capaz de responder a los desafíos de la contemporaneidad. En el artículo se reflexiona acerca del proyecto arquitectónico frente a la complejidad del mundo actual. Metodológicamente, se asume el paradigma interpretativo y se emplea la hermenéutica como estrategia para resignificar fuentes documentales relevantes. Se concluye que la complejidad ofrece un horizonte fecundo para comprender el proyecto arquitectónico como una práctica multidimensional, en la cual la forma construida se entiende como síntesis crítica de procesos sociales, culturales y ambientales que transforman tanto los territorios como la vida de las comunidades.

Palabras clave: Proyecto arquitectónico, Complejidad, Arquitectura contemporánea, Sostenibilidad, Interdisciplinariedad.

THE ARCHITECTURAL PROJECT IN THE FACE OF THE COMPLEXITY OF THE MODERN WORLD

Abstract

Addressing the architectural project in the current context implies recognizing that it unfolds amidst complex realities, where accelerated urban growth, the environmental crisis, public health problems, cultural diversity, and technological advances converge. Within this framework, the project ceases to be a linear or strictly technical procedure, becoming instead an open and dynamic process in which multiple social, cultural, environmental, and symbolic dimensions interact. From this perspective, designing involves articulating technical feasibility with sustainability, identity, and collective memory,

thus configuring itself as a critical practice capable of responding to the challenges of our time. This article reflects on the architectural project in the face of the complexity of the modern world. Methodologically, it adopts the interpretive paradigm and employs hermeneutics as a strategy to reinterpret relevant documentary sources. It is concluded that complexity offers a fertile horizon for understanding the architectural project as a multidimensional practice, in which the built form is understood as a critical synthesis of social, cultural, and environmental processes that transform both territories and the lives of communities.

Keywords: Architectural project, Complexity, Contemporary architecture, Sustainability, Interdisciplinary

LE PROJET ARCHITECTURAL FACE À LA COMPLEXITÉ DU MONDE MODERNE

Résumé

Aborder les projets architecturaux dans le contexte actuel implique de reconnaître qu'ils se déploient au sein de réalités complexes, où convergent croissance urbaine accélérée, crise environnementale, problèmes de santé publique, diversité culturelle et progrès technologiques. Dans ce cadre, le projet cesse d'être une procédure linéaire ou strictement technique pour devenir un processus ouvert et dynamique où interagissent de multiples dimensions sociales, culturelles, environnementales et symboliques. Dans cette perspective, la conception consiste à articuler faisabilité technique, durabilité, identité et mémoire collective, devenant ainsi une pratique critique capable de répondre aux défis de notre époque. Cet article propose une réflexion sur les projets architecturaux face à la complexité du monde moderne. Sur le plan méthodologique, il adopte un paradigme interprétatif et recourt à l'herméneutique pour réinterpréter les sources documentaires pertinentes. Il conclut que la complexité offre un horizon fertile pour appréhender les projets architecturaux comme une pratique multidimensionnelle, où la forme construite est comprise comme une synthèse critique des processus sociaux, culturels et environnementaux qui transforment les territoires et la vie des communautés.

Mots-clés: Projet architectural, Complexité, Architecture contemporaine, Durabilité, Interdisciplinarité.

Introducción

El proyecto arquitectónico ha sido históricamente concebido como el núcleo de la práctica disciplinar, un espacio donde convergen la creatividad, la técnica y la necesidad de transformar el entorno en beneficio del habitar humano. Durante siglos, la arquitectura se entendió en términos esencialmente formales y funcionales; es decir, la composición de volúmenes, la resolución de problemas

técnicos y la satisfacción de requerimientos programáticos. No obstante, en el mundo contemporáneo esta visión resulta insuficiente. Las transformaciones urbanas, las crisis ambientales, la aceleración tecnológica, los problemas de salud pública y la diversidad cultural creciente demandan una reconsideración profunda de lo que significa proyectar.

Así, la arquitectura se enfrenta al desafío de pensarse a sí misma desde un marco más amplio, que reconozca complejidad de los contextos y que otorgue al arquitecto un papel central como mediador crítico de realidades múltiples, que puedan significar en forma incipiente la creación de nuevas evidencias o metódicas que logren sustentar un producto arquitectónico más avanzado, asumiendo el entramado de las tendencias de más perfectibles consistencias.

Este giro conceptual se relaciona con la constatación de que el proyecto no es un proceso lineal ni un resultado cerrado, sino una práctica abierta, dinámica e incierta, en la que interactúan factores técnicos, sociales, ambientales y simbólicos. Edgar Morín (1990) subrayó que la complejidad implica aceptar la incertidumbre, reconocer las interacciones entre escalas y comprender la realidad como un sistema interdependiente. Aplicado al ámbito arquitectónico, este planteamiento muestra que el proyecto no puede reducirse a la aplicación de fórmulas, sino que debe asumirse como un campo de negociación constante, donde cada decisión genera nuevas posibilidades y obliga a replantear el camino recorrido.

En sintonía, Donald Schön (1983) define al arquitecto como un práctico reflexivo, cuya labor consiste en mantener una conversación con la situación, ajustando sus propuestas en función de las respuestas que emergen del propio proceso proyectual, generandose mecánicas de acción e intervención perfectible.

Las ciudades actuales son escenarios privilegiados para observar la vigencia de esta perspectiva. Saskia Sassen (2001) demuestra cómo las metrópolis globales concentran dinámicas económicas y culturales que producen fragmentaciones urbanas, nuevas desigualdades y formas híbridas de

organización social. Henri Lefebvre (1991), por su parte, advierte que el espacio no es neutro, sino producto de relaciones sociales y de poder, lo que obliga a interpretar la arquitectura como un fenómeno atravesado por tensiones colectivas. En este marco, el proyecto arquitectónico debe trascender la lógica del objeto para inscribirse en un entramado mayor que articula memoria, identidad y justicia espacial. La arquitectura, así, deja de ser una disciplina cerrada para convertirse en una práctica de síntesis crítica, capaz de responder a la complejidad contemporánea.

Otro aspecto que refuerza esta visión es la dimensión ambiental. El IPCC (2022) señala que el sector de la construcción es responsable de una parte significativa de las emisiones globales de gases de efecto invernadero, lo que convierte al proyecto arquitectónico en un campo estratégico para la mitigación y la adaptación al cambio climático. Diseñar en la actualidad implica, por tanto, evaluar el impacto energético de las decisiones, analizar el ciclo de vida de los materiales y concebir soluciones que integren los ecosistemas locales. Esto confirma que el proyecto no es un acto autónomo, sino una práctica situada en el centro de los debates ambientales, políticos y sociales de nuestro tiempo.

La transformación tecnológica también ha cambiado la manera de concebir y desarrollar el diseño. Mario Carpo (2011) explica cómo la digitalización y los procesos de fabricación asistidos por computadora han reemplazado los modelos de producción estandarizados por esquemas de mayor variabilidad y personalización. Esta transición amplía las posibilidades del arquitecto, pero también incrementa la complejidad de la práctica, que ahora exige integrar conocimientos provenientes de la informática, la ingeniería y la economía. Al mismo tiempo, herramientas digitales como el *Building Information Modeling* (BIM) han consolidado el proyecto como un espacio de colaboración temprana entre distintas disciplinas, reforzando su carácter transversal.

La dimensión cultural y sensorial aporta otra capa a esta visión ampliada. Christian Norberg-Schulz (1980) destacó que la arquitectura debe atender al

genius loci, el espíritu del lugar, como condición existencial del habitar. Juhani Pallasmaa (2005) insistió en la importancia de considerar todos los sentidos en la experiencia del espacio, subrayando que el proyecto no puede reducirse a lo visual. En esta misma línea, Peter Zumthor (2006) señaló que la autenticidad arquitectónica se mide por su capacidad de generar atmósferas, donde convergen memoria, materialidad y emoción. Estas perspectivas muestran que proyectar no es solo resolver funciones, sino construir significados que afectan de manera integral la vida de los individuos y las comunidades.

En este contexto, resulta evidente que el arquitecto debe asumir un rol ampliado, que lo reconozca como un pensador proyectual y como un articulador de saberes. Su responsabilidad no se limita a diseñar objetos, sino a generar propuestas que integren dimensiones técnicas, culturales y sociales en un marco crítico y sostenible. Tal como advirtió Kenneth Frampton (1993) en su propuesta de *regionalismo crítico*, el desafío consiste en evitar la homogeneización cultural impuesta por la globalización, promoviendo en su lugar proyectos que articulen lo local y lo global, lo tradicional y lo innovador.

Por otro lado, se presenta Zaha Hadid, quien argumentaba que la arquitectura no solo debe generar refugio, sino incluso excitar, calmar y hacer discernir a las personas; en su opinión, la arquitectura debe facilitar al bienestar emocional y generar experiencias espaciales modificadoras Hadid, (2016), se destaca en forma exponencial que se requiere con un espectro de formación profesional en arquitectura que estimule de manera coherente el desarrollo técnico con la entropía de lo concreto.

Por su parte, Aravena, (2016) denota que la escasez de medios exige una excedencia de significado, y que el efectivo poder de la arquitectura reside en su idoneidad para concretar las necesidades sociales y los deseos humanos, mejorando la vida de las personas, se destaca por tanto que la sinergia del proyecto arquitectónico requiere que se generen respuestas avanzadas de propuestas de acción arquitectónica de acuerdo con necesidades y crecimientos

urbanísticos.

El presente artículo se propone interpretar esta condición del proyecto arquitectónico frente a la complejidad del mundo actual. Para ello, se desarrollan tres ejes principales: primero, la revisión de los retos contemporáneos que obligan a repensar el acto proyectual como un proceso abierto y multidimensional; segundo, la formulación de un marco integrador de saberes que permita al arquitecto articular conocimientos diversos en síntesis críticas.

Y tercero, la reflexión sobre la práctica arquitectónica como un proceso transdisciplinario y crítico, capaz de responder a las exigencias sociales, ambientales y culturales del presente, se comprende que el performance metódico cuentista en la articulación de competencias profesionales es determinante para fortalecer en espectros vanguardistas postmodernistas idoneidades de productos arquitectos en la metacomplejización funcional en una extrapolación disciplinar recurrente.

Metodológicamente, el artículo se sitúa en el paradigma interpretativo y adopta la hermenéutica como método interpretativo, lo que permite resignificar aportes previos de la teoría arquitectónica, la filosofía y la sociología del espacio en función de un marco conceptual centrado en la complejidad. La revisión documental, apoyada en fuentes relevantes, constituye la base para articular un discurso crítico y fundamentado.

En suma, se trata de asumir la arquitectura no solo como un campo de producción material, sino como una práctica reflexiva y crítica que incide en la construcción de la sociedad. Al reconocer al arquitecto como mediador y pensador proyectual, se abre la posibilidad de proyectar espacios que no solo resuelvan necesidades inmediatas, sino que también transmitan sentido, memoria e identidad. De este modo, la arquitectura se reafirma como una disciplina imprescindible para comprender y transformar la complejidad del mundo actual.

La Arquitectura Frente a los Retos Contemporáneos

El proyecto arquitectónico opera hoy en un entorno lleno de tensiones:

expansión urbana acelerada, crisis climática, transformaciones tecnológicas, fragmentación urbana y diversidad cultural creciente. Estos factores configuran problemas multidimensionales que desbordan las lógicas lineales del diseño y exigen marcos de trabajo capaces de articular dimensiones técnicas, sociales, ambientales y simbólicas. Esta exigencia no es un simple recurso retórico; condiciona materialmente las decisiones de proyecto, desde la definición del programa hasta la elección de materiales, sistemas y modelos de gestión.

El primer factor es el crecimiento y la reconfiguración de las ciudades. Las urbes contemporáneas concentran flujos económicos, humanos y de información que transforman las relaciones entre centro y periferia, entre lo global y lo local. Sassen (2001) mostró cómo las “ciudades globales” constituyen nodos de una economía transnacional que reordena jerarquías internas y produce desigualdades que reclaman nuevas infraestructuras, movilidad y vivienda. En paralelo, Lefebvre (1991) recordó que todo espacio construido es un producto social, manifestación de relaciones de poder, de usos y de prácticas cotidianas. Para el proyecto, esto implica mirar más allá del terreno y del plan regulador: reconocer usos reales, costumbres locales, memorias y conflictos que condicionan la viabilidad cultural de cualquier intervención.

El segundo factor es la sostenibilidad. La edificación impacta de forma decisiva en la energía y las emisiones. El IPCC (2022) identifica al sector de la construcción como un campo crítico de mitigación y adaptación, con potencial de reducción mediante eficiencia energética, energías renovables, diseño pasivo y decisiones de ciclo de vida. En consecuencia, el diseño ya no puede evaluarse sólo por su forma o función; debe demostrar desempeño ambiental verificable (demanda energética, huella de carbono, gestión del agua, confort climático). Esta exigencia afecta desde la concepción volumétrica hasta la selección de materiales y sistemas constructivos.

Un tercer factor está dado por las tecnologías digitales. La expansión de BIM, la fabricación digital y el uso de datos ha cambiado el proceso proyectual: del

dibujo como representación al modelo como información. Carpo (2011) describe el paso de la era de la copia idéntica a la de la variación masiva y la personalización paramétrica; esto amplía las posibilidades de diseño, pero también impone nuevas competencias y responsabilidades. El impacto no es sólo instrumental: cambia la organización del proyecto, favorece la colaboración temprana entre disciplinas y permite contrastar decisiones de diseño con datos verificables sobre energía, estructura y costos.

El cuarto factor es la diversidad cultural y la memoria del lugar. Norberg-Schulz (1980) situó el valor del *genius loci* como condición existencial del habitar; Pallasmaa (2005) insistió en el carácter multisensorial de la experiencia arquitectónica y en la responsabilidad del proyecto con la percepción y el cuerpo. Estas perspectivas exigen que el diseño responda a contextos vivos: lenguajes, oficios, materiales y costumbres. En áreas con patrimonio edificado o memorias urbanas fuertes, el proyecto debe dialogar con preexistencias y reconocer valores de memoria e identidad. Ello vale tanto para la rehabilitación como para la obra nueva en entornos consolidados.

El quinto factor es la homogeneización derivada de la globalización y la necesidad de anclar el proyecto en lo local. Frampton (1993) propuso el regionalismo crítico como vía para conjugar avances tecnológicos con técnicas y materiales propios de cada lugar, evitando tanto la imitación de modelos universales como el simple pintoresquismo. Para el proyecto, esto se traduce en una ética de la pertinencia: resolver con lo necesario, aprovechar recursos cercanos y construir una expresividad material coherente con el contexto.

A esto se suma la complejidad programática de los proyectos contemporáneos. Vivienda asequible, equipamientos híbridos, infraestructuras verdes, espacios públicos inclusivos; todos requieren síntesis críticas entre normativas, economía y usos emergentes. Aquí cobra valor la figura del arquitecto como “práctico reflexivo” descrita por Schön (1983), quien señala que diseñar es una “*conversación con la situación*”: cada decisión del proyectista provoca una

respuesta del contexto que lo obliga a reflexionar y reajustar el curso del proyecto. En este sentido, proyectar se entiende como un proceso de ensayo y ajuste continuo, más que como una secuencia lineal de soluciones predeterminadas.

En síntesis, los retos contemporáneos no sólo complican el proyecto, sino que muestran su verdadera naturaleza: un trabajo de articulación entre escalas, tiempos y disciplinas. Un proyecto sólido hoy es aquel que construye coherencia entre sostenibilidad ambiental, pertinencia cultural, viabilidad técnica y valor de uso. Esta visión desplaza el énfasis de la forma como fin hacia la forma como resultado de un proceso crítico y justificado. Si los retos actuales obligan a concebir la arquitectura como un proceso donde se cruzan múltiples factores, se hace imprescindible reflexionar sobre qué marco integrador de saberes puede sostener las decisiones de proyecto. Este será el eje del siguiente apartado.

Se destaca acorde con González & Ramírez, (2022) que existe la necesidad de enfoques pedagógicos que no solo sumen herramientas tecnológicas, sino que incluso traten factores económicos, de calidad, sociales y ambientales, por tanto, se entiende que la arquitectura en los retos contemporáneos debe asociarse a factores de metacomplejización estructural que midan el impacto de los contextos en los productos arquitectónicos.

En el mismo orden se tiene a Martínez y López, (2021) quienes denotan la importancia de crear entornos de aprendizaje que fomenten la creatividad y la resolución de problemas espaciales y arquitectónicos, se reconoce medularmente la relevancia de crear espacios teóricos prácticos que involucren de manera sistemática establecer procesos de formación acordes con las tendencias postmodernas de acción arquitectónica.

Hacia un Marco Integrador de Saberes en el Proyecto Arquitectónico

El proyecto arquitectónico, en el contexto actual, no puede concebirse como una práctica desvinculada ni como una operación limitada a criterios técnicos o estéticos. Cada proyecto se encuentra atravesado por factores sociales,

culturales, ambientales, tecnológicos y económicos que demandan un abordaje interdisciplinario. En este sentido, el arquitecto se configura como un articulador de saberes, capaz de integrar conocimientos heterogéneos en un marco conceptual y operativo que permita responder a la complejidad del habitar humano.

La historia de la disciplina muestra que esta vocación integradora no es nueva, pero sí ha adquirido mayor urgencia. Christian Norberg-Schulz (1980), al desarrollar la noción de *genius loci*, ya señalaba que el sentido del habitar no se reduce a la funcionalidad, sino que requiere comprender la cultura y el lugar como dimensiones fundamentales del proyecto. De modo similar, Aldo Rossi (1982) subrayó en *La arquitectura de la ciudad* que la forma urbana es un depósito de memoria colectiva; proyectar implica, entonces, articular lo nuevo con lo heredado. Estos planteamientos revelan que el arquitecto no actúa únicamente sobre objetos materiales, sino sobre realidades cargadas de significados.

En la contemporaneidad, este rol articulador se expande con la necesidad de incorporar disciplinas como la ingeniería, la sociología, la antropología, la economía y la ecología. Tal como señala Juhani Pallasmaa (2005), la experiencia arquitectónica es multisensorial y afecta la vida de las personas más allá de lo visual; por ello, el diseño debe nutrirse de conocimientos que aborden la percepción, la memoria y los sentidos en su totalidad. La ecología, por su parte, aporta herramientas para enfrentar el reto ambiental; la sociología ayuda a comprender las dinámicas urbanas y comunitarias; la antropología ofrece claves para interpretar prácticas culturales; y la economía permite dar viabilidad a los proyectos dentro de contextos concretos de recursos y limitaciones.

El reto del arquitecto, en este escenario, no consiste en dominar todos los saberes, sino en generar síntesis críticas. Henri Lefebvre (1991) recuerda que el espacio es un producto social, expresión de relaciones de poder y de conflictos colectivos. Proyectar, entonces, supone reconocer esas tensiones y traducirlas en decisiones materiales y espaciales. Esto coloca al arquitecto en una posición política: su trabajo no es neutro, sino que influye en la organización de la vida

colectiva. De ahí que sea indispensable asumir un marco ético que garantice que la integración de saberes no se convierta en una imposición unilateral, sino en un diálogo real entre disciplinas y actores sociales.

La práctica profesional ofrece múltiples ejemplos de esta integración. En proyectos de vivienda social, el diseño debe articular aspectos técnicos de construcción con estudios de movilidad, participación comunitaria y estrategias de eficiencia energética. En la restauración del patrimonio, la colaboración entre arquitectos, historiadores, arqueólogos, ingenieros y comunidades locales resulta indispensable para lograr un equilibrio entre viabilidad técnica y respeto a la memoria cultural. Esta experiencia confirma lo que Edgar Morín (1990) denomina “pensamiento que reúne”: un conocimiento capaz de relacionar lo diverso sin fragmentarlo en ámbitos separados.

Este marco integrador de saberes también impacta en la enseñanza de la arquitectura. La formación ya no puede limitarse a transmitir técnicas de representación o construcción, sino que debe preparar a los estudiantes para manejar la complejidad y el diálogo interdisciplinario. Kenneth Frampton (1993) alertaba sobre el riesgo de la homogeneización global y proponía un regionalismo crítico; trasladado a la enseñanza, esto implica formar arquitectos sensibles a la diversidad cultural y capaces de relacionar lo local con lo global en sus propuestas de diseño.

Por otra parte, la integración de saberes no debe reducirse a la suma de disciplinas, sino orientarse hacia la construcción de estrategias transversales. Mario Carpo (2011) explica que la digitalización ha cambiado la lógica del proyecto al permitir variabilidad y personalización, lo que obliga a generar marcos de coordinación entre arquitectos, ingenieros y programadores. En la misma línea, el IPCC (2022) muestra que la lucha contra el cambio climático requiere de soluciones conjuntas entre arquitectura, ingeniería y políticas públicas. Estos ejemplos reafirman que el proyecto es un proceso colectivo, en el cual el arquitecto actúa como mediador y traductor entre lenguajes técnicos, culturales y

sociales.

En definitiva, avanzar hacia un marco integrador de saberes significa reconocer que la arquitectura no es solo un oficio constructivo, sino una práctica de síntesis crítica. El arquitecto se convierte en un profesional que, más que imponer soluciones, habilita procesos de negociación, reconoce la diversidad de perspectivas y construye puentes entre disciplinas. Su responsabilidad ética radica en no reducir esa integración a un formalismo estético, sino en producir proyectos que respondan a los problemas reales de las sociedades y los territorios.

Esta visión integradora evidencia que el arquitecto no ejerce de forma independiente, sino como parte de un sistema de relaciones interdisciplinarias, que confluyen distintos conocimientos y actores sociales. No obstante, dicho sistema adquiere una complejidad creciente al situarse en el contexto de la globalización, la crisis ambiental y las transformaciones tecnológicas. En ese sentido, se examina cómo la práctica arquitectónica redefine un proceso transdisciplinario y crítico frente a la complejidad del mundo actual.

Para consolidar el marco integrador de saberes se tiene a Smith & Johnson (2023) quienes reconocen que un estudio actual sugiere que la IA puede colaborar a personalizar el aprendizaje y generar retroalimentación instantánea a los estudiantes, optimizando así su comprensión y habilidades, por tanto en la metacomplejización emergente del conocimiento arquitectónico en el proceso contemporáneo se comprende que el traspaso de ciencias naturales, y ciencias sociales en la acción arquitectónica se debe vincular a procesos de perfectibilidad recurrente.

Respecto a los elementos integrales RealSpace 3D (2024) se debe destacar herramientas impulsadas por IA que pueden aparentar y discernir el rendimiento de los edificios en espectros de consumo energético, confort térmico y aprovechamiento de la luz natural, guiando a los estudiantes a crear sus diseños para la sostenibilidad ambiental, se entiende que en la mecanización integral de conocimientos se debe articular conocimientos y tecnologías transversales que

faciliten productos dentro de una complementariedad de criterios.

La Práctica Arquitectónica como Proceso Transdisciplinario y Crítico

En el escenario actual, la práctica arquitectónica ha dejado de ser un ejercicio estrictamente disciplinar para convertirse en un proceso transdisciplinario, en el que confluyen múltiples saberes y se generan dinámicas de reflexión crítica. La globalización, la crisis climática y los avances tecnológicos han configurado un contexto en el cual la arquitectura debe responder a problemas complejos, que no pueden resolverse desde un enfoque único ni con fórmulas cerradas. El arquitecto se transforma así en un agente de mediación, capaz de integrar disciplinas diversas y, al mismo tiempo, de cuestionar las implicaciones sociales, culturales y ambientales de sus propuestas.

La noción de transdisciplinariedad implica un paso más allá de la interdisciplinariedad. Mientras esta última busca la colaboración entre campos del conocimiento, la primera aspira a superar las fronteras disciplinarias y construir marcos conceptuales y operativos que respondan a problemas que desbordan cualquier área en particular. Edgar Morin (2005) sostiene que la complejidad obliga a pensar “en la intersección” de los saberes, articulando lo técnico, lo científico y lo humanista. En el ámbito arquitectónico, esto se traduce en proyectos en los cuales las decisiones de diseño no son solo una respuesta estética o técnica, sino un acto de pensamiento crítico que involucra la ética, la memoria y la sostenibilidad.

En esta línea, Jorge Sarquis (2007) amplía la comprensión del proyecto arquitectónico al concebirlo como una forma de conocimiento en acción. Su propuesta sobre la investigación proyectual plantea que el acto de proyectar no es únicamente un proceso técnico o creativo, sino una práctica reflexiva en donde se construye teoría a partir del hacer. Para Sarquis, el proyecto se convierte en un laboratorio epistemológico en el que el arquitecto investiga, contrasta y resignifica su propio proceso de pensamiento, generando conocimiento que retroalimenta tanto la enseñanza como la práctica profesional. Esta visión refuerza la idea de la

arquitectura como campo transdisciplinario y crítico, en donde el saber se produce de manera situada y contextual, en diálogo constante con la realidad social y cultural.

Uno de los campos donde esta condición se hace más visible es la sostenibilidad ambiental. El IPCC (2022) enfatiza que la reducción de emisiones de carbono exige intervenciones conjuntas entre arquitectos, ingenieros, urbanistas, economistas y legisladores. Esto redefine la figura del arquitecto: ya no basta con aplicar criterios de eficiencia energética, sino que debe integrarse a procesos de planificación territorial, políticas públicas y dinámicas comunitarias. El proyecto arquitectónico se convierte así en una plataforma de negociación entre actores diversos, en el cual el arquitecto asume un papel de facilitador y traductor.

La tecnología digital es otro factor que potencia la dimensión transdisciplinaria. Carpo (2011) explica que la era digital ha desplazado la lógica de la estandarización hacia la de la variación masiva, abriendo la posibilidad de personalizar diseños y producir soluciones adaptadas a contextos específicos. Sin embargo, este potencial no puede realizarse sin el diálogo entre arquitectos, programadores, ingenieros estructurales y expertos en fabricación. La transdisciplinariedad, en este caso, no es una opción, sino una condición inherente al modo en que hoy se conciben, desarrollan y construyen los proyectos.

En paralelo, la arquitectura no puede desligarse de su dimensión crítica y cultural. Henri Lefebvre (1991) recuerda que el espacio es siempre un producto social, atravesado por tensiones políticas y económicas. Proyectar implica, por tanto, reconocer las estructuras de poder y desigualdad que se materializan en el territorio. Saskia Sassen (2001), en su análisis de las ciudades globales, demuestra cómo las dinámicas de la economía mundial producen fragmentaciones urbanas que exigen respuestas arquitectónicas sensibles a las realidades sociales. En este marco, la práctica transdisciplinaria no es solo técnica, sino también política: el arquitecto debe asumir la responsabilidad de cuestionar los efectos de sus decisiones en la vida colectiva.

La fenomenología y la dimensión sensorial de la arquitectura también refuerzan esta perspectiva crítica. Juhani Pallasmaa (2005) señala que el diseño debe responder a la totalidad de los sentidos, evitando reducir la experiencia a lo visual. Peter Zumthor (2006) plantea que la autenticidad de una obra radica en su capacidad de generar atmósferas, donde se articulan materialidad, memoria y emoción. Estas visiones a diversos discentes recuerdan que la arquitectura no solo construye objetos, sino que modela experiencias de vida; y, en consecuencia, la práctica proyectual requiere integrar saberes de la psicología, la antropología y la filosofía, ampliando el marco de reflexión más allá de lo técnico.

En la enseñanza de la arquitectura, esta concepción transdisciplinaria y crítica representa un reto mayúsculo. Schön (1983) ya advertía que la formación de profesionales debía orientarse hacia la capacidad de reflexión en la acción, más que a solo la aplicación de técnicas. Formar arquitectos hoy significa dotarlos de herramientas para dialogar con diversas disciplinas y, sobre todo, para pensar críticamente los impactos de sus proyectos en la sociedad y el medio ambiente. Esto implica repensar los modos de enseñanza y aprendizaje, orientándolos hacia una formación más reflexiva, crítica, participativa y contextual, que promueva la comprensión integral del hecho arquitectónico y su incidencia en el contexto urbano.

En definitiva, la práctica arquitectónica como proceso transdisciplinario y crítico obliga a repensar el rol del arquitecto en la sociedad contemporánea. Este ya no es solo un diseñador de formas, sino un intelectual práctico que construye puentes entre disciplinas, interpreta realidades complejas y genera propuestas que conjugan técnica, cultura y ética. El valor del proyecto no se mide únicamente en términos formales o funcionales, sino en su capacidad de incidir positivamente en los contextos donde se inserta.

La revisión de la arquitectura frente a los retos contemporáneos, la construcción de un marco integrador de saberes y la práctica transdisciplinaria y crítica permiten comprender que el proyecto arquitectónico no puede desligarse de

la complejidad del mundo actual. En este sentido, la arquitectura se reafirma como una disciplina de pensamiento y reflexión. A través de esta mirada integradora, el arquitecto se configura como un mediador capaz de vincular lo local con lo global, la memoria con la innovación y la sostenibilidad con la experiencia humana, proyectando así una práctica reflexiva y comprometida con los desafíos de nuestro tiempo.

Deben destacarse propuestas prácticas que deben orientar a consolidar las competencias cognoscitivas procedimentales en el arquitecto en formación o en profundización de desarrollo intelectual operativo, asumiéndose de manera expresa que se requiere con talleres profesionales que faciliten una gimnasia cerebral consolidada lo cual a la postre signifique el perfeccionamiento de la calidad del producto proyectual arquitectónico, al tenerse en cuenta la formación y articulación de tendencias postmodernistas, metacomplejas y universales en el arte, la ciencia y la filosofía arquitectónica como respuesta a las nuevas realidades globales y cosmopolitanas.

En otro orden se requiere realizar eventos académicos procedimentales nacionales e internacionales que cuente con la participación de intelectuales y disciplinantes arquitectónicos de diversas regiones del orbe planetario con miras de lograr una socialización intelectual en materia de proceso proyectual de alto nivel e impacto, a la par de desenvolverse espacios prácticos que permitan desde la colaboración académica cientista divulgar evidencias de proyectualidad arquitectónica acorde a la concurrencia de tendencias globales de continuado perfeccionamiento. Se requiere fortalecer la publicación de revistas arbitradas en bases indexadas de alto impacto que faciliten universalizar el conocimiento e identidad con las tendencias postmodernas de proceso proyectual arquitectónico.

En el sustrato del proyecto arquitectónico se pronuncia Delucchi, (2016) al reconocer el profesional de diseño que la materializa, cuenta con materiales característicos del proyecto, conformados por el compendio de recursos arquitectónicos y criterios efectivos que la historia, a través de las obras

efectuadas, puestos a la orden de quien los postula, se entiende que los razonamientos, discernimientos y metódicas deben interarticularse para trascender en la creación de evidencias arquitectónicas de avance consolidado .

Por su parte Navarro (2020), resalta como la disciplina (considerada arte por algunos) que concibe espacios destinados para un uso determinado y que no solo es capaz de satisfacer las necesidades de los usuarios, sino también de brindar sensaciones, se admite por tanto que la transversalidad de discernimientos, reflexiones y metódicas deben confluir en la adecuación de una sinergia de productos calificados de alto nivel asociados al performance significativo del vanguardismo y la postmodernidad.

Metodología

Al abordar el análisis del proyecto arquitectónico frente a la complejidad contemporánea, se presenta un producto académico apoyado de datos de segundo nivel que soportan un estudio documental. La investigación se inscribe en el paradigma interpretativo, pues se tratan las fuentes con hermenéusis del investigador y no con datos cuantificables, asumiéndose la interpretación de significados, contextos y relaciones.

Respecto a la investigación documental, la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (2016) indica que: "...la originalidad del estudio se refleja en el enfoque, criterios, conceptualizaciones, reflexiones, conclusiones, recomendaciones y, en general, en el pensamiento del autor..." (p.20). En coherencia con este principio, el presente trabajo busca ampliar la significación del proyecto arquitectónico en clave de complejidad, generando nuevas premisas interpretativas que profundizan en la naturaleza del objeto estudiado. De esta manera, se abre un campo de reflexión crítica que permite evidenciar la capacidad del investigador de construir referentes teóricos y ampliar el horizonte científico dentro del campo de la arquitectura.

Para tal fin, se recurre al método hermenéutico, entendido como vía para escudriñar y resignificar los aportes de las fuentes consultadas. En esta línea,

Martínez (2006) señala que la hermenéutica es utilizada, de forma consciente o inconsciente, por todo investigador, en tanto la mente humana opera de manera esencialmente interpretativa. En sintonía, Heidegger (1974) afirma que:

La hermenéutica, no es un método que se puede diseñar, enseñar y aplicar, más tarde por los investigadores. Sostiene que el ser humano es un ser interpretativo, porque la verdadera naturaleza de la realidad humana es interpretativa. Por tanto, la interpretación es el modo natural de los seres humanos (p. 10).

Desde esta perspectiva, se entiende que el ser humano interpreta su realidad en un proceso constante de búsqueda de sentido. Así, en el marco de esta investigación, el análisis documental no se limita a compilar información previa, sino que se busca comprender reflexiones y discernimientos de otros autores en relación con el proyecto arquitectónico, integrándolos en un contexto específico.

El procedimiento llevado a cabo, articula dos fases: la fase de revisión bibliográfica y la fase de análisis, asumiéndose la obtención de los datos y la ulterior analítica de la información para dar consistencia al contenido del objeto de conocimiento desde una sustentabilidad eficiente de relevantes contenidos, asumiéndose por tanto acceso a las fuentes y la creación de un conocimiento científico calificado.

Para el desarrollo de la fase de la revisión bibliográfica se denota la revisión de fuentes, lo cual permitió realizar un arqueo heurístico que guio el proceso investigativo, aportando insumos para un mayor nivel de comprensión y fortaleza interpretativa. Se empleó como técnica el fichaje que según Acosta (2011) revela: “un modo de recolectar y almacenar, cada ficha contiene una información que, más allá de su extensión, le da unidad y valor propio” (p.05), se entiende que se colecta y almacena e dispositivos y electrónicos muestras de contenidos de literaturas que facilitan un proceso interpretativo y creativo en el que los aportes de

distintas disciplinas se integraron para fortalecer el análisis del objeto de estudio.

Al respecto del instrumento este refiere a la ficha que según Pérez y Gardey. (2013) refiere: “es un documento en el que se registran ciertos datos (generales, bibliográficos, policiales, etc.). La ficha (del francés fiche) suele ser de tamaño pequeño y forma rectangular, para que pueda almacenarse fácilmente en un archivo” (p. 20), se comprende que se cuentan cartulinas en físico como dispositivos electrónicos para asentar en forma concreta la información que es obtenida de las fuentes para dar sustentabilidad al objeto de conocimiento.

En el sustrato de la fase de análisis se destaca el soporte del análisis reflexivo, según Tamayo y Tamayo (2009) que reconoce: “consiste en aplicar a un hecho determinado la reflexión para ver las condiciones de conocimientos que ese hecho como tal exige” (p.26), asumiéndose en lo perfectible la capacidad del investigador de establecer significación de elementos interpretativos para aportar fundamentos de significación del producto investigativo.

Resultados

Al articularse el producto académico se destaca el compendio de resultados vinculados al proyecto arquitectónico frente a la complejidad del mundo actual, asumiéndose en forma estructural que se requiere en el proceso de formación académico profesional de carácter transversal en el cual las técnicas y herramientas estratégicas permitan crear proyecciones en sistemas complejos no lineales; que se configure como proceso abierto, caracterizado por incertidumbre, retroalimentación y articulación multiescalar.

En el orden expuesto la arquitectura frente a los retos contemporáneos, evidentemente debe pasar de la secuencialidad de una metódica tradicional funcionalista, para generar un proceso de orden crítico que involucre la sustitución de técnicas limitativas para avanzar en el performance de sustentar técnicas especializadas vanguardistas; donde el arquitecto como mediador reflexivo, reafirme su figura de profesional práctico reflexivo (Schön) y su labor implique diálogo continuo en el contexto.

En el espectro de estudio se denota un marco de saberes poco comprometidos con el proyecto arquitectónico, se requiere entonces establecer ejes de integración múltiple que consolide el discernimiento (intelectualización) y la interpretación (subjetivación) con el fin de crear desde la sinergia de la teoría a la práctica, nuevos proyectos arquitectónicos que respondan a exigencias estructurales de más alto nivel y confluya con la transdisciplinariedad, no como acción opcional, sino constitutiva del proyecto contemporáneo.

En el mismo orden se debe asumir la sostenibilidad como eje ético-operativo, para consolidar más que un criterio técnico, el imperativo estructural que redefina decisiones proyectuales que faciliten la adecuación para la superación de la fragmentación disciplinar tradicional.

Conclusiones

La interpretación permite afirmar que la arquitectura, enfrentada a la complejidad del mundo actual, no puede seguir pensándose como un oficio estrictamente técnico o estético, sino como un campo de conocimiento capaz de articular múltiples dimensiones de la realidad. En primer lugar, se constató que los retos contemporáneos como el crecimiento urbano, la crisis ambiental, las transformaciones tecnológicas y la diversidad cultural obligan a replantear el proyecto como un proceso abierto y dinámico, donde la incertidumbre se convierte en motor de creatividad y no en un obstáculo. Esta condición refuerza la necesidad de comprender el diseño como un ejercicio de ensayo, ajuste y reflexión constante, tal como plantea Schön (1983) en su concepción del arquitecto como *práctico reflexivo*.

En segundo lugar, se concluye que la figura del arquitecto adquiere relevancia como articulador de saberes, integrando disciplinas tan diversas como la ingeniería, la sociología, la ecología, la filosofía o la economía. La arquitectura, en este sentido, se configura como una práctica de síntesis crítica, que no solo responde a necesidades funcionales, sino que también interpreta memorias, tradiciones y tensiones sociales. La responsabilidad ética del arquitecto radica en